

Jóvenes mediadores de lectura: la construcción de un saber literario en la escuela y más allá de ella

En la actualidad comenzaron a expandirse distintos proyectos culturales y educativos en las escuelas que consisten en capacitar a los estudiantes para que sean mediadores de lectura en otros espacios. A veces surgen por la iniciativa individual de algún profesor o profesora de Literatura y otras veces intervienen programas estatales. Ante la repetición de este tipo de experiencias que transforman los modos en que circula la literatura en la escuela, cabe preguntarse ¿cómo se configura este particular rol del estudiante-mediador? ¿qué modos de leer aparecen en estos proyectos que suceden en las instituciones escolares y también fuera de ellas?

Para pensar estos interrogantes, fueron entrevistados participantes de tres proyectos que se llevaron a cabo entre el 2011 y el 2015 en diferentes instituciones de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires. El primero se desarrolló en el Colegio de la Ciudad, de Belgrano; el segundo en el colegio n° 02 Domingo Faustino Sarmiento, de Recoleta y el tercero en el Instituto Canto a la Vida, del barrio Lugano.

En este trabajo se retoman algunos testimonios de los jóvenes mediadores y los docentes que participaron en los proyectos. Breves testimonios que registran diversas propuestas de lectura y escritura coordinadas por estos estudiantes y también la “cocina” que se encuentra detrás de ellas para poner sobre la mesa las discusiones que aparecen a la hora de encabezar un proyecto de promoción de lectura.

En el Colegio de la Ciudad

Esta experiencia se llevó a cabo con los estudiantes de cuarto y quinto año y fue coordinada por Martín Broide y Yamila Haime. Se realizó durante el 2014 en el marco del *Taller de Formación de Mediadores Culturales*.

Una de las intervenciones tuvo lugar un sábado por la tarde en la estación ferroviaria de Coghlan de la línea Mitre. CIEPA (Compañía Itinerante de Educación por el Arte) organizó la propuesta y convocó a los estudiantes del Colegio de la Ciudad para coordinar junto a ellos algunas actividades.

Como el eje temático era “los cuatro elementos”, los mediadores diseñaron una propuesta con frascos que contenían agua y palabras plastificadas. Los pasajeros del tren debían mirarlos y, a partir de lo que podían capturar, escribir distintos textos. Así lo recuerdan las estudiantes: “Esta intervención no era como las que hicimos en las escuelas porque ahí teníamos información sobre los participantes pero acá no sabíamos con quién nos íbamos a encontrar” (estudiante-tallerista, comunicación personal, 8 de julio de 2015). “Me llamó mucho la atención la recepción de la gente, las diferentes reacciones eran muy buenas. A algunos, al principio, no les importaba nada y nosotros tratábamos de ir llamando su atención. De a poco iban entrando en el juego.” (estudiante-tallerista, comunicación personal, 8 de julio de 2015).

En otra oportunidad, una de las mediadoras llevó al tren una valija llena de cartas:

En Cabildo y Virrey del Pino, a la noche, encontré unas cartas tiradas. Eran viejas, de la época de Evita. Las escribían una tal Nina y un tal Coco. Agarré algunas y las lleve al tren, adentro de una valija. En la actividad leímos esas cartas junto con un capítulo de la novela *Océano mar* y después tratamos de escribir una posible respuesta (...) Me acuerdo que entre todos intentamos entretener la historia porque las cartas estaban muy deterioradas” (estudiante-tallerista, comunicación personal, 8 de julio de 2015).

En el Colegio Domingo Faustino Sarmiento

Este proyecto de promoción de lectura, coordinado por Valeria García, se hizo con los estudiantes de tercero, cuarto y quinto año. La experiencia se realizó entre el 2009 y 2011 en el marco de *Aprender Trabajando*, un programa del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires que ofrece prácticas educativo-laborales a jóvenes mayores de dieciséis años.

Los mediadores trabajaron con susurradores y también hicieron breves representaciones teatrales. Actuaron obras cortas que la profesora de teatro les propuso pero también crearon nuevas piezas a partir de textos literarios (no necesariamente dramáticos) que leían en el taller. La propuesta consistía en armar personajes que pudieran encarnar esos textos.

Recuerdo la vez que me disfracé de gitano y recitamos un poema de García Lorca que causó fervor en nuestro secundario. Lo hice a dúo con una chica muy talentosa que se llamaba Carolina, que bailaba breakdance. Entonces yo llevé un cajón peruano; ella, sus artes escénicas; y nos disfrazamos los dos y armamos show en el medio del patio. Yo tocaba y recitaba y ella bailaba alrededor mío. Se armó una ronda muy grande de gente y también se asomaron de los pisos superiores. Fue un estallo. Salió bien el texto y nos aplaudieron todos (estudiante-tallerista, comunicación vía mail, 17 de marzo de 2015).

Algunos mediadores extendieron su práctica de promoción de la lectura más allá de los espacios propuestos por el *Plan Aprender Trabajando*. Fue así como Julián, por su propia cuenta, susurró en la calle a los autos y los colectivos y también en un evento cultural.

Recientemente me acerqué a un espacio independiente de poesía que se hace en el centro cultural Bonpland. Sabía cómo era la línea general de pensamiento de la gente que concurre a un espacio así, por lo que no dudé en llevar mi susurrador para difundir esa cultura tan especial. Al principio fue simple. Me paré al lado de la barra de bebidas y le susurraba a los que estaban esperando, recibí muy buenas opiniones y le arranqué una sonrisa a más de uno (...) Y así fue que para el final de la noche había algunos que me decían "me susurras de nuevo?" y otros que me decían "quiero que me hagas eso! ajajajaja, INCREÍBLE. (García, 2009)

En Instituto Canto a la Vida

El proyecto de formación de mediadores de lectura se llevó a cabo con un curso de quinto año durante septiembre, octubre y noviembre del 2015 y fue coordinado por Lara Purita. Los estudiantes se dividieron en equipos y eligieron dónde hacer cada intervención.

Un grupo propuso hacerlo en un jardín y llevar *El huésped dudoso* (2011) de E. Gorey. Una de las integrantes de este grupo explicó en la entrevista por qué optaron por este libro: "Cuando nosotros lo leímos en segundo año quedamos un poco descolocados y nos preguntamos qué podría pasarle a nenes de cinco años si lo leían. Lo hicimos

grande para que llame más la atención” (estudiante-tallerista, comunicación personal, 10 de noviembre de 2014).

Ampliar *El huésped dudoso* es una actividad que puede parecer simple a primera vista pero conlleva numerosas decisiones ¿Qué es “hacer grande” un texto? ¿no es acaso un potente trabajo con el soporte? ¿no implica una conciencia de que la materialidad del libro es tan relevante como el texto que se lee? Agrandar un libro no es solo una manualidad, es detenerse en el objeto y en todo aquello que rodea y también hace a la lectura.

Tampoco la presentación del material y de los mediadores parece un detalle menor, la irrupción en el espacio debe ser convocante. Los talleristas-estudiantes son conscientes de que ser mediador de lectura no solamente implica llevar un libro y leerlo, hay que generar un escenario propicio para este momento. Entonces las jóvenes pensaron en crear un marco lúdico para sus textos: “Vamos a entrar disfrazadas para leerlo y les diremos a los chicos que unos dragones nos habían dado una misión: contarles un cuento. Entonces les mostraremos un libro gigante, con las imágenes bien grandes del invitado para que puedan verlas” (estudiante-tallerista, trabajo práctico entregado a la docente, 5 de octubre de 2014).

En el Colegio de la Ciudad, los estudiantes trajeron poesías, relatos y hasta un conjunto de cartas que habían encontrado en la calle; en el Sarmiento, retomaron cuentos populares y canciones de rock; en Canto a la Vida, los mediadores rescataron sus libros entrañables, esos que los habían iniciado en la lectura. Evidentemente, en las tres experiencias, se toman las lecturas que los jóvenes proponen, esos textos con los que se encontraron dentro de la escuela pero también fuera de ella; poesías y relatos que están en sus bibliotecas pero también en las bandas que escuchan, en sus juegos de infancia, en sus tránsitos por la ciudad.

Laura Devetach (2008) afirma que si bien muchas personas se consideran no lectoras (quizás debido a que sus lecturas no se encuentran legitimadas por cánones escolares o académicos) todos contamos con textos en nuestra historia que nos interpelan continuamente:

El camino lector personal no es un camino de acumulaciones ni es un camino recto, Consta de entramados de textos que vamos guardando. Unos van llamando a otros y en ese diálogo de la persona con el texto se teje una trama propia, un

piso para el viaje que no es difícil de hacer crecer una vez que se descubre y se valoriza. (p. 18)

Los jóvenes mediadores crearon sus corpus a partir de un entramado de textos que se configuró de manera colectiva, en donde hicieron dialogar los “camino lectores” de cada uno. Y así eligieron, recortaron y transformaron textos mientras evocaban destinatarios específicos.

Al mismo tiempo que circulan discursos alarmistas, basados en estadísticas y tablas, que se lamentan por la falta de lectura en los jóvenes y añoran supuestos tiempos dorados (Bombini, 2008), aparecen experiencias de esta índole que no sólo ponen en jaque esas denuncias sino que demuestran lo valioso que resulta trabajar con proyectos que reivindiquen y resignifiquen los consumos culturales juveniles.

Parece inocente asumir que estos proyectos fueron fenómenos aislados, que la casualidad hizo que se repitieran en tres instituciones distintas. Se dieron en un contexto en donde el Estado impulsó diferentes acciones que ponen en un primer plano la palabra de los jóvenes y que proponen abrir las puertas de la escuela a la comunidad. Una de ellas, por ejemplo, es la *Radio CAJ*, un proyecto que hace que miles de jóvenes puedan tener sus propios programas radiales en sus escuelas, con contenido realizado por ellos mismos (y que estos programas se puedan escuchar en todo su barrio). Otro proyecto que circula por esos años es *Familia, escuela, Comunidad* que realiza el *Plan Nacional de Educación Obligatoria y Formación Docente*. Uno de sus documentos llegó a manos de Lara, la docente de Canto a la vida, y fue utilizado para organizar la experiencia que aquí se relató. En él hay propuestas didácticas que presentan la lectura como una práctica sociocultural y proponen abrir las instituciones escolares para leer con la comunidad. Por último, el *Plan Nacional de Lectura* que funciona en esos años (2011-2015) también tiene una línea de acción que promueve hacer jornadas de lectura comunitarias en las escuelas. Allí se propone que los estudiantes, docentes, familiares y vecinos se reúnan para leer, discutir e intercambiar saberes. En definitiva, gracias a distintas acciones encaradas por programas estatales y docentes inquietos, es probable que haya múltiples experiencias valiosas que convivan con esos discursos catastróficos sobre la lectura, los jóvenes y la escuela.

Por otro lado, estas tres experiencias narradas invitan a pensar en el propio rol del mediador, una figura que dialoga fuertemente con el campo de la promoción de la

lectura. Sergio Frugoni (2013) explica que dentro de este título suelen englobarse diversas acciones que se asocian a prácticas de lectura placenteras, abiertas y flexibles; no “encorsetadas” en la necesidad escolar de transmitir un contenido:

En las últimas décadas la educación formal viene siendo objeto de críticas lapidarias cuando se hacen diagnósticos sobre su eficacia a la hora de formar lectores. En cierto sentido la promoción de la lectura ha construido su identidad a partir de esas críticas. Los promotores de lectura parece que pueden hacer mejor lo que la escuela no hace o hace mal. (p. 8)

En otras palabras, frente a las críticas que se hacen a la enseñanza de la literatura en la escuela (sustentadas seguramente en esos discursos deficitarios sobre la lectura ya mencionados más arriba), aparece la idea de la promoción como un supuesto “otro” de la educación formal.

Ahora bien, esta dicotomía “enseñanza-promoción”, analizada críticamente en el artículo de Frugoni, se deconstruye inevitablemente cuando se miran de cerca los proyectos retomados en este trabajo, porque en las tres experiencias ese estudiante de secundaria, mientras participa como mediador en un proyecto de promoción de lectura, construye un fuerte saber acerca de lo literario. Al mismo tiempo que configura ese complejo lugar de mediador, el joven se involucra en una serie de discusiones que lo obligan a revisar sus propios vínculos con la lectura y a repensar una serie de problemáticas que definen a la literatura misma. Es así como encarar cada intervención implica seleccionar, comentar y reescribir textos, transformar la materialidad de un libro, realizar una puesta en voz o pensar consignas de escritura para resolver con otros. Es decir, es esta necesidad de mediar entre un conjunto de libros y unos participantes lo que empuja a estos jóvenes a aprender en profundidad una serie de contenidos disciplinares que no son un conjunto de saberes adquirido previamente a la propia tarea de la mediación.

A su vez, estas propuestas son llevadas a cabo por los mediadores en espacios que trascienden la propia institución escolar. Los jóvenes transitan diferentes lugares y se apropian de los contextos: desde salas de un hospital o jardines hasta la efímera espera de los autos y colectivos en un semáforo en rojo. La propia escuela deviene así en el escenario inicial, el punto de partida, de diferentes actividades en donde se lee, se

discute, se narra y se actúa para unos destinatarios que no son los compañeros o los docentes que se ven todos los días en el aula.

Y en estos cruces, las fronteras se vuelven porosas, los límites entre la educación formal y no formal pierden la claridad que muchas veces se les quiere imponer, puesto que es en la misma escuela, a contra turno o en la hora de Lengua y Literatura, en donde se piensan cada una de las intervenciones que se harán por fuera de ella. De tal modo, aparecen unas prácticas escolares que desestabilizan esas representaciones estereotipadas de la lectura en el aula y de la enseñanza de la literatura. Prácticas que exigen abandonar una mirada dicotómica para reemplazarla por una que pueda percibir un continuum entre la educación formal y no formal.

En definitiva, los testimonios de estos mediadores y sus docentes nos invitan a desarmar, o por lo menos cuestionar, algunos preconceptos y lugares comunes de discursos trillados que toman a la juventud y a la escuela como un blanco recurrente y también nos proponen seguir pensando y construyendo la compleja tarea de formar de lectores.

Bibliografía

- Bombini, G. (2008). “Prácticas usuales y nuevas urgencias para una agenda de promoción de la lectura”. *Educación y Ciudad. Revista del Instituto para la Investigación Educativa y el Desarrollo Pedagógico*, nro. 15.
- Devetach, L. (2008). *La construcción del camino lector*. Córdoba: Comunicarte.
- Frugoni, S. (septiembre, 2013). *Alegato en contra de la promoción de la lectura (si eso fuera posible)*. Ponencia presentada en el III Simposio de Literatura Infantil y Juvenil en el Mercosur. Universidad Nacional General San Martín (UNSAM), San Martín, Provincia de Buenos Aires.
- García, V. (2009). “De mi boca a tu oído”. *Revista Cultura Lij*, nro. 4.
- Gorey, E. (2011). *El huésped dudoso*. Barcelona: Libros de Zorro Rojo.